

Marina Aoiz Monreal



Hojas rojas



Hojas rojas



# Hojas rojas

## Textos

Marina Aoiz Monreal

## Fotografías

Puy Ainzua Urra  
Daniel Andi3n Espinal  
Marina Aoiz Monreal  
Carlos Arribas Lerga  
Atxu Ayerra Alfaro  
Javier Ochoa Mart3nez  
Javier Zubiri Luri



Autora: Marina Aoiz Monreal  
© Puy Ainzua Urra, Daniel Andi3n Espinal, Marina Aoiz Monreal,  
Carlos Arribas Lerga, Atxu Ayerra Alfaro, Javier Ochoa Mart3nez  
y Javier Zubiri Luri, de las fotograf3as  
© Marina Aoiz Monreal, de los textos

Edita: Gobierno de Navarra  
Instituto Navarro para la Igualdad  
C/ Estella, 7. Entreplanta, izda.  
31002 Pamplona  
Tel3fono: 948 206 604  
[www.igualdaddegenero.navarra.es](http://www.igualdaddegenero.navarra.es)

Promociona y distribuye: Fondo de Publicaciones  
C/ Navas de Tolosa, 21  
31002 Pamplona  
Tel3fono: 848 427 121  
Fax: 848 427 123  
[fondo.publicaciones@navarra.es](mailto:fondo.publicaciones@navarra.es)  
[www.navarra.es/publicaciones](http://www.navarra.es/publicaciones)

Dise3o y maquetaci3n: M. Aoiz  
Imprime: Gr3ficas Lizarra, S. L.  
Cr. Estella - Tafalla, Km. 1  
31132 Villatuerta (Navarra)

Dep3sito Legal: NA.1645/2009  
ISBN: 978-84-235-3155-4

*A nuestras madres*



En el follaje

Fotografías  
Puy Ainzua Urra

*Hay que dar a la muerte tiempo  
para que aprenda a morir.*

Edmon Jabès

De Rocío:

*Según una antigua tradición china,  
todas las personas destinadas a compartir un vínculo afectivo especial e intenso,  
permanecen desde siempre unidas por un hilo rojo invisible.  
El hilo puede tensarse o enredarse, pero jamás romperse.  
Cuenta la leyenda que estas personas  
terminan por encontrarse a pesar del tiempo, del lugar o de las circunstancias.*



## Tinta de aire

Una de las hijas  
escribió con tinta de aire  
sobre las hojas rojas.

A desaparecer  
en el último crepúsculo  
destinó su escritura.

La escritura  
¿se desvaneció  
en el atardecer de fuego?

¿O resbaló  
pez de oro  
en la esfera de una lágrima?



## Incendio

En el exilio de la palabra  
el olvido  
tejió su inquietante tela de araña.

Rompimos el hilo de seda,  
con desesperación, con rabia.

Contra el tiempo,  
sólo la llave extraviada  
abrirá la cerradura oxidada.

Incendio en la página.  
Corazón desterrado del sol.

Rebelión de sílabas  
encarnadas  
en un arroyo de venas amargas.



## La hora incierta

Despierta  
lo que estaba dormido.  
Halla su cauce  
en el vértice de tu mirada.

Azul oceánico  
envuelto  
en la niebla de la infancia.  
Voy hacia ti cauta.

Perdida en el vacío  
de la hora incierta,  
te busco en la ausencia  
de la casa oscurecida.

Salgo a la lluvia  
y hallo fronteras blancas.



## Llenas de sol

Me alejo entre la lluvia  
mendigando palabras que te nombren:  
Eras atrevida, dice tu amiga adolescente.

Habla de conejos que se ahogaban  
en las tierras anegadas y tú querías salvar  
replegándolos como bolas de algodón  
al cobijo de una jaula.

Habla de una cesta y dos niñas  
rumbo a una viña lejana.  
Más allá de Makotxa, cerca de Pueyo.  
Donde todo estaba a punto de suceder,  
aunque no ocurriera nada.

En la cesta las uvas apretadas,  
tan llenas de sol, tan negras. La risa,  
abejorro de la tarde. La luz perfumada.



## El jardín

Apenas era una niña  
cuando salió de la guerra  
hacia el jardín  
de una ciudad extraña.

Antes,  
las hojas rojas  
invadían sus sueños.  
Teñía camisetas  
con colores  
de inocencia y rebeldía.  
A la hora del rosario  
el fuelle del órgano  
dispersaba el tono gris  
de las carencias.

Sólo había que salir  
a los caminos  
infinitos de la tarde  
para encontrar  
la rueda de la fortuna  
en una bicicleta prestada.

O mirar a las ciruelas  
apagar la sed de las estrellas.  
Sólo había que desenredar  
la madeja de hilos de plata.

En el jardín  
de la ciudad extraña  
la flor de la pasión  
habló  
con la voz de la distancia.

## Castillo para albergar golondrinas

Solitaria dibujo hojas de colores con sus nervios y sus sombras.  
Los chicos son brutos pero me gustan. Si fuera uno de ellos  
sería torero. Como soy chica seré escritora. Me desplazo por el pasillo  
cargada con los tomazos de Labor. Conozco Florencia,  
Rabat o Alejandría a través de los cuentos. Construyo mi castillo  
de palabras y barro para albergar golondrinas. Mi castillo  
tiene nueve rosas con tremendas espinas. Zarzas. Fosos.  
Leones y dragones. Me engullen las sombras en mitad de la plaza,  
donde sangra el torero. Las cerezas flotan en el río junto al animal  
muerto y el tifus se lleva a mis amigas. Mamá rodeada de cristalillos,  
bañada de luz, cosiendo dorados botones de marinero.

Nueve años con la garganta llena de sangre y la planta del pie  
sangrante y María Luisa en una caja de higos, muerta y bonita. Hielo.  
Voraces hormigas. Tierra bermeja. Si fuera chico sería marinero  
además de torero. Gorgorito me guiña un ojo. Las zarzas me atrapan.  
Tengo miedo a las monjas y al tifus y a los hombres que persiguen niñas.  
Miedo al hielo y al largo invierno. Miedo a la palabra pecado  
y a la palabra castigo. Nueve años. Engulle. Laberinto. Castillo.  
Sangre. Sólo soy una niña. Recojo las fresas en el huerto del abuelo.  
Entre mis dedos revolotean azules libélulas.



## Azul-monreal

Los ojos de la tía Catali  
a sus ciento un años  
han visto  
correr aguas alegres y amargas.

Ojos azul-monreal.  
Este azul no aparece  
en los manuales científicos.  
Se aprecia en el misterio  
de la primera luz de la mañana.

Azul-monreal de lejanía y silencios;  
de reflejos en la nieve que cubre  
los botones nuevos de los almendros.

Azul-monreal de sabia intuición.  
De monedas  
entregadas a cambio  
de nada tangible.  
Si acaso, de una parcela  
de amor fragante  
de espliegos silvestres.

Los ojos de la tía Catali  
a sus ciento un años  
han visto  
nacer y morir miradas de anhelos.

Ojos azul-monreal.  
Azul del catálogo invisible de los cielos.  
Azul-monreal de puertas abiertas.  
Azul que discurre por las venas de la edad.  
Azul del arte de la vida sencilla, sosegada.

Los ojos de la tía Catali  
anuncian la rosa de los vientos.  
En su mirada azul-monreal,  
la carta esférica de una larga travesía,  
trazada con signos de agua clara.

## El hilo

Cobraron vida los cristales en tus manos.  
La amatista, el cuarzo rosa, la turquesa  
o el ámbar, se formaron hace millones de años  
para realzar tu belleza. Me miras por encima  
de las gafas y te ríes de lo incauta que soy,  
de la pequeñez de mis palabras. Mi universo  
se ha vuelto minúsculo abalorio y no acierto  
a encontrar el agujero para insertarlo en  
esta larga fila de ausencias. Ser tu huérfana  
es haber perdido la salida del laberinto.  
Y en esta búsqueda del hilo, los recuerdos  
se desvanecen: semillas leves que el viento  
dispersa. No oigo mis palabras, encerradas  
como pequeños insectos en el ámbar.

La primavera es fría en la guarida de la vida.  
Los cristales han apagado su luz geométrica.  
Y yo vago de aquí para allá buscando, buscando.



## Veneno

Escribir: Tuve el alma  
tatuada de pura cobardía.  
Me estremecía observar  
un mar contaminado de pastillas.  
Conocer el horror  
de las hiedras envenenadas.  
Contemplar tu cuerpo enfermo  
lastrado a la tierra amarga.  
El miedo me empujó a la huida  
y corrí por los bosques,  
arañada, malherida,  
el alma empapada  
de pura cobardía. A veces  
vislumbraba en tu espíritu  
una grandeza de heroína.  
O una levedad de flor  
de seis pétalos azules, liviana, aérea.  
Escuchaba tus silencios. En ellos  
percibía el rumor del océano;  
algunos días, la cadencia de sus olas  
rondaba por la playa desierta.  
La tempestad lejana,  
algo más que presentida,  
se adueñaba de los días oscuros.  
Heroína del agua. Madre de sal.  
Mi alma tatuada de pura cobardía,  
se ahogó en el mar del último enero.



## Quiero una cuna

No encuentro el tono  
en esta posición de momia.

El libro es una tumba  
y una pirámide sellada.

Quiero un hogar en el libro.  
Quiero una cuna o un útero.

Errante, con las letras gastadas,  
escucho decir que las momias  
no se mueven de su sitio.

¿Entonces? ¿Qué significa  
tanto vendaje, tanto hueso quebrado,  
tanta herida? ¿Qué significa  
la imposible escritura de la mujer partida.



## Ola

Despierta  
algo más de lo que estaba dormido.

Exploro los médanos de la tarde  
demasiado abrigada  
para armonizar con un 20 de mayo.

Desacompasada. Quizás escondo  
el rumor de una elegía silenciosa  
a quien miraba la mar  
con ojos de sirena entumecida.

Henchida de belleza, ola gigante  
y peligrosa, la arena de las dunas  
esculpe tu recuerdo.

Qué miedo provoca  
el viento enloquecido  
dispersando la arena,  
penetrando en los ojos  
con un temor ¿esquivo?





Centinela

Fotografías  
Daniel Andión Espinal

*Palabra perdurable, ahí colocado  
como si montara la guardia. ¿Centinela de qué palacio,  
de qué cárcel?  
¿De qué noche de antes de la noche? ¿De qué día  
de antes del día?  
¿De qué presencia amada? ¿De qué ausencia  
lamentada?  
-¿Centinela quizá de la muerte?*

Edmon Jabès



## Antes del día, antes de la noche

Sale de la noche al día.  
Es una muchacha vestida de blanco  
acompañada de dos amigas  
y de seis chicos risueños.  
(Cuatro filas de dientes  
para cada una de ellas).

Quiero ser la muchacha de blanco.  
Me convierto en la joven alegre  
que sostiene un abanico entre las manos.  
Las dos tenemos quince años  
y estamos a punto de descubrir  
un amor de cuentos de hadas.

Es el día de agosto antes del DÍA.  
La noche antes de la NOCHE.  
Por eso permitimos perpetuarnos  
en una fotografía. Blancas y extrañas.  
La vida se encargará de otorgarnos  
el reinado de la tristeza. Ahora reímos.

Impermeables a la mudanza. Vestidas  
de elegante lino, sin visos de escasez.  
Princesas de la plaza, nuestra risa  
se desparrama entre las esencias veraniegas.

El centinela de la vida nutre esta adolescencia  
de crudos vocablos. La vida en una tajada de melón,  
gotea sobre la piedra, refresca el talle de la fiesta.

1945. 1975. A punto de llegar a otras orillas,  
en el viaje inventamos un itinerario propio.  
Y entre las plantas acuáticas nos desplazamos  
por los lagos del amor, por las ondas del destino.

## Calle mojada

La calle estaba mojada.  
Sandalias topolino con calcetines blancos.  
Hora de caminar agarradas del brazo,  
con los pasos acompasados.  
Catorce años y toda la hermosura del verano.  
Ella, de nuevo vestida de blanco,  
observa irónica la cámara.

Detrás de las dos amigas  
cinco muchachas avanzan  
agarradas del brazo. Serán costureras.  
Serán madres, enfermeras, obreras.  
Serán, tal vez, dueñas a medias,  
de sus propias vidas. Es la posguerra.



## Faldas al bias

Ahora son tres.  
Caminan en dirección contraria.  
Calzan sandalias, con los pies desnudos.  
Las dos hermanas lucen gafas de sol  
con aspecto de actrices italianas.

Elegantes. Seguras de sí mismas  
avanzan en dirección contraria.  
Algunos chicos observan sus faldas al bias.

La nueva manera decidida y cómplice  
de caminar en dirección contraria,  
revoluciona la festiva mañana.



## Quietud

*(...) hay mujeres que son hermosas en la quietud,  
en la serenidad y aceptación en que se abisman sus ojos,  
sus manos, su sonrisa (...)*

Eugenio Fuentes

La adquirió entre las hierbas tenaces  
con la azadilla en las manos.

Entre océanos y arbustos,  
un ruiseñor y varios cuervos.

Uvas muy dulces. También higos.  
Quietud en la hojarasca del recuerdo.



## La revolución de los rosales

Sucedió en una ensoñación de acuarela.  
Revolución de los pétalos  
y sus fragancias en balcones abandonados.  
Centinela de un tiempo de barro,  
atravesó el pasadizo hacia el palacio de golondrinas.

Una de aquellas aves,  
se posó suavemente sobre el ataúd del abuelo.  
Nos trajo aromas del Atlántico, sal en el pico,  
azul marinero, lágrimas densas como gotas de mercurio  
y hasta la espuma de otros muertos.



## En la China

En la China,  
un pájaro rojo señala el sur  
y tras él volamos  
en el columpio de madera  
colgado de la rama más fuerte  
de un pino de Santa Lucía.

La gran emperatriz,  
centinela de caníbales hormigas,  
convierte el pan con chocolate,  
en el manjar más nutritivo del verano.

Tanto cuesta llegar a la China  
como a la última rama del pino.  
Tanta procesionaria. Tanta hormiga.  
La resina adherida a la infancia.  
La emperatriz nos ama sin tregua  
desde el alba hasta la última rodaja del día.



## Palabras

*Como la mano derecha  
de la partera  
las hojas del arce en otoño*

*Samboku, (Siglo XVII)*

La palabra se desvanece con la última luz.  
La palabra perdura en forma de iris sobre la tumba.  
La palabra germina en la tierra esponjosa.  
La palabra madura en las alambradas de la memoria.  
La palabra pare. La palabra gime. La palabra muere.

La palabra está enterrada bajo el granado.  
La palabra es del ruiseñor herido y sangra sobre el río.  
La palabra brota de nuevo en las ramas del arce.  
La palabra estalla. La palabra ofrece su rojo fruto.  
La palabra se envenena, sufre. La palabra vigila y calla.



## Silencio

¿Sabes qué es perder  
un libro de versos

sabes la rabia que se siente  
cuando a las palabras se las lleva el viento

sabes lo profundo que es  
el pozo oscuro del olvido

sabes que casi todo es efímero,  
temporal, caduco, como las hojas rojas

sabes que algo innombrable,  
inefable y eterno anida en el silencio

sabes del corazón su latido secreto,  
su pálida lágrima de lunas descosidas?

A ambos lados de la muerte,  
el centinela espera.





Los viajes

Fotografías  
Marina Aoiz Monreal

*Tu muerte siempre está donde yo voy (...)*

Joan Margarit



Tríptico de Astorga



## Juego de manos

Ignoro si llegamos en tren o en coche.  
Mamá y yo estamos en Astorga.  
En las fotografías, de pequeño formato,  
se ve la sombra de la toca de una monja.  
Cuando las miro, puedo reconstruir  
varias secuencias de la película  
de aquel momento especial de nuestras vidas.

Secuencia primera: Mamá seca mi cuerpecillo  
de dos o tres años con delicadeza. Me ha bañado  
en un barreño en la huerta del convento. Estoy seria.  
Es verano. Mamá lleva un vestido de flores  
y unos zapatos planos que muestran los dedos.

Secuencia segunda: Las dos estamos sentadas  
ante la verja de hierro de la catedral de Astorga.  
Observo atenta a la hermana que dispara la foto.  
Mamá luce vestido de rayas.  
Con las piernas cruzadas  
y las manos enlazadas sobre las rodillas,  
me mira con ternura. La tengo para mí solita.  
La abuela y el abuelo cuidan a mis hermanas.

Tercera secuencia: Camino sonriente ante la verja.  
Un bolso coqueto en el brazo derecho  
y la mano izquierda dentro de un vaso de plástico.  
La sombra de la toca oculta las sandalias blancas.

Rodeadas de las Hermanas, compañeras de convento de la tía, nos sentimos queridas, mimadas, protegidas. Una cuarta secuencia me sitúa en el jardín. En el viaje tenía un sitio a su lado. Y su mano tenía para mi solita.

De la dureza del hierro de la verja o de la piedra, no guardo nada. Atesoró la textura de la toalla entre sus manos y un mosaico de bellísimas secuencias ocurridas allá por 1958.

## Acrobacia

En este otro viaje a Astorga  
vamos apretados en un taxi tremendo.

¿Cuántos? Es difícil saberlo.

Las ardillas saltan de árbol en árbol.

Creo que mamá no nos acompaña.

Los recuerdos del viaje se han desvanecido.  
Maragatos. Mantecadas. Reloj. Palacio.  
Catedral. Gaudí. Todo difuminado.  
Impreciso. Piedras de la muralla.  
Faldas de cuadros. Abuela. Abuelo.

¿Quiénes éramos? Las ardillas  
saltan de árbol en árbol y sus brincos  
es todo lo que recuerdo. Mamá no.  
Mamá no venía en ese viaje. Las llamas  
del olvido, altísimas, alcanzan el cielo.



## Pirotecnia

El tren de madera pulida  
que me llevó a Astorga  
cuando cumplí los once años  
olía a naranja y a tortilla de patata.  
Con el señor Cordero,  
ferroviario de Ponferrada,  
improvisé  
la supervivencia de un verano.  
Descubrí a Gaudí,  
acaricié hortensias,  
salté lienzos de muralla  
y crecí varios centímetros  
por encima  
de la soledad del mundo.

Mi quinto hermano  
nació el 28 de junio  
mientras en la escaramuza de la huerta  
devoraba brevas o ciruelas.  
Lejos de la abuela  
me complací en ensoñar  
alrededor de las lucecillas  
refractadas de la manguera  
y los ojos pícaros de los monaguillos.  
La catedral  
quedaba al otro lado de la verja.

No recuerdo el aroma  
del tren de regreso.

Sorprendí a toda la familia  
con un corte de pelo  
pasado de moda.  
Mi hermano era redondo,  
de marfil y ámbar, como un buda.  
Con el flequillo de paje  
y el acentín de la tierra maragata,  
me convertí en una niña  
desconocida de mí misma.

Me había nacido dentro  
una viajera extravagante.

## Ama Lur

Ama, hay momentos  
que jamás se olvidan.  
Érase una vez... las dos,  
un día entero en Pamplona.  
A mediodía, comimos trucha  
—con jamón, tú; yo con pepinillos—,  
en Sarría, de la calle Estafeta.  
Luego entramos al cine.  
Juntas nos emocionamos  
con Ama Lur, el documental  
de Larruquert y Basterretxea.  
(Aquella película romántica y épica,  
se costeó por suscripción popular).  
En ella, aunque no se nombraran,  
estaban los hermanos de tu padre  
que vivían en América y el tío Elías,  
caído en la guerra. ¡Eran muy vascos!,  
decías. Por nuestras venas  
discurrió con emoción  
la savia de Ama Lur.  
Un autobús de *La Tafallesa*  
nos trajo a casa. Cómplices y tan vascas  
como los tíos de Uruguay y Argentina.



## Alas

¿Fuiste con Ángel  
a las Cuevas de Luis Candelas  
a primeros de los años 50?  
A finales de los sesenta  
me llevaste al Arco de Cuchilleros  
a comer pulpo  
y de tu boca escuché  
la historia del bandolero.

¡Cómo me sorprendía  
esa soltura que derrochabas  
por la ciudad inmensa!  
Junto a ti estaba segura.  
Cerca de ti descubría el mundo  
y alas sin límites me crecían.



## *Alla prima*

Entramos al museo.  
Con un pie sí, con un pie no.

Entramos en un cuadro del Bosco.  
Con un pie no, con un pie sí.

El Árbol de la Vida (un drago)  
nos aturde o nos cobija  
bajo una rama sí, una rama no.  
*Cave, cave, dominus videt.*  
Con un ojo no, con un ojo sí.

La necedad de Lubbert Das.  
Con la piedra sí, con la piedra no.

Salimos del museo.  
Salimos del cuadro del Bosco.  
Recorremos la ciudad del jardín extraño.  
Con una pierna no, con una pierna sí.

Asomadas al abismo de los sueños.  
Hermanas del libre espíritu  
nos miramos en espejos convexos.  
Con un ojo sí, con un ojo no.



## Queimada

En unos minutos saldré a escena.  
Pero mientras, me regocijo  
en abrirme el corazón de este a oeste. De un tajo.  
Lo que hay dentro se parece a un libro amarillo  
pero también a un desván lleno de sueños y polillas.  
Hay una diminuta jardinera que oficia  
entre las flores con sus alas transparentes  
y sus pequeñas gafas. Hay una exquisita joyera  
que encierra sus artes en una caja de cristal y plata.  
Dentro del corazón hay una vespa destartada  
que fue ágil caballito en los años sesenta  
con una mujer guapa y un hombre que la adoraba,  
rumbo a los puertos agrestes, a las playas recién estrenadas.

Ya estoy en escena. El personaje se me ha ido de viaje  
con una mujer viajera. Cuentan que está en el Caribe  
dibujando tortugas carey e hipocampos de fábula.  
Que no volverá a esta tierra. Parece. Que se queda.  
Dentro de la mar tranquila, en el este del corazón.  
Donde las ballenas ensayan una y otra vez sus nanas.

A golpe de arena, puntada a puntada, recoso el corazón.  
A ver si en el corte de norte a sur aparece una gota de viento  
o una migaja de ala. A ver si ella regresa a casa. Y la caliente.



## Cazando estrellas masivas alrededor de la Tarántula

¡Qué suerte tiene Ángel!  
Juntos atravesáis el Paseo del Bosque  
allá en La Plata. En el Observatorio  
os acogen Alejandro, el tío astrónomo,  
y toda la familia. La ama, viajera serena,  
no caza estrellas masivas  
alrededor de la Tarántula: astro ella  
recibe el reflejo de las imágenes  
del tiempo y su azul-monreal-lizarraga  
brilla en el espejo del firmamento.



## En el Himalaya

Hay días en los que prefiero  
amarte a solas. Todos te merecen.  
Pero yo usurpo tus turquesas  
silenciosas y con ellas escapo  
hacia la cima de la montaña.  
Tenemos frío en el Himalaya.  
Los catarros perpetuos  
nos fastidian con sus lunares de nieve.  
Las trompetas de Jericó, suenan  
demasiado potentes para nuestros oídos  
de ángeles. Y a pesar de todo,  
nunca bajamos a la llanura de las termitas.  
Morimos congeladas, una y otra vez.  
Al desplegar las alas, resucitamos  
y ya estamos de nuevo fabricando  
diminutos paraísos, cuenta a cuenta.

Rematar bien la vida: a solas,  
en la paz de las sagradas montañas.





Hilo tenue

Fotografías  
Carlos Arribas Lerga

*Era un jardín florecido de luz...*

*En el mar de la noche se ha quedado  
como los rostros y las voces.  
Como los ojos de mi madre.*

Concha Lagos



## Las calles de la infancia

*Los miedos de los viejos, ¿vienen todos  
de las calles oscuras de la infancia?*

Joan Margarit

En las calles de la infancia de la tía Catali  
el sol entraba a manos llenas. En las eras  
el trigo se trillaba canción a canción  
y las monedicas de oro heredadas de los ancestros  
se las repartían los hermanos  
dentro de una taza: *una para ti, una para mí.*

En la infancia de la tía había calles luminosas  
y amor por los rincones. A los ciento un años,  
la infancia es un jardín de luz,  
un pajar esplendoroso, un pan tierno y dorado,  
una plegaria de gratitud entre las manos.



## Toro

Tarde de verano  
en Santa Lucía.

Una aguja de pino  
se clava en la planta del pie  
y la sangre tiñe de rojo  
mi sandalia blanca.

Una amiga de mamá dice:  
Sangra como un toro.

Me gusta ser un toro  
y convertirme en la niña roja,  
que muere desangrada  
en el poema.



## ¿Llorar?

*Me llamaré Vacía, en honor a mis muertos (...)  
nací para llorar la muerte de otros.*

Elena Medel

Vacía me encuentra mayo  
sin flores a la Virgen ni madre  
para pedirle un vestido nuevo.

Vacía me encuentra el jueves  
sin fiesta por la tarde  
ni merienda de pan con chocolate.

Vacía me encuentra la tarde  
con unos míseros vocablos  
para inventar salmos y plegarias.

Vacía me encuentra la casa  
y llena de muertes,  
serpiente cascabel pura añoranza.



## Pluma

*Hallo un nido caído, un nido grande  
como la cuna de una niña muerta.*

Joan Margarit

¡Y qué dolor hallar el nido vacío!  
Grande y vacío y cubierto de escarcha.

Cuando el árbol de la soledad  
perdió todas sus hojas y los gansos  
atravesaron las nubes grises  
rumbo a un lugar que los cuentos nombran,  
te vi con la túnica blanca y varios otoños  
sin usar entre el rosal de tus dedos.

El dolor crece día a día, floresta  
de ausencias enredadas como lianas.  
El gemido del viento. Los membrillos  
reventando de sol entre los barrotes de la cuna.  
A solas con el oro y sus maderas pulidas  
el sueño de la luna es una pluma de oropéndola.



## Hilo tenue

*/ ¿por eso escribo versos? / ¿para volver  
al vientre donde toda palabra va a nacer? / ¿por  
hilo tenue? / la poesía ¿es simulacro de vos? / ¿tus  
penas y tus goces? / ¿te destruí conmigo como  
palabra en la palabra? / ¿por eso escribo versos? /*

Juan Gelman

Por hilo tenue trabajo de funámbula  
en este circo del carajo. Ni yo creo  
en el personaje, ni el hilo aguanta mi peso.  
Pero sigo representando este simulacro  
mientras me amaso cada día con centeno  
de oscuros recuerdos. Por eso escribo versos.



## Rojo

*Fecit potentiam in brachio suo,  
dispersit superbos mente cordis sui,  
deposuit potentes de sede,  
et exaltavit humiles,  
esurientes implevit bonis,  
et divites dimisit inanes.*

(Lc. 1, 51-53).

No hablabas demasiado. Tu elocuencia  
llegaba del reino indómito del silencio.  
Albergabas tu latín y griego  
en un corazón recosido.  
Tu casa era roja. Rojo tu íntimo latido.



## Homeopatía

*Echo en falta los cascabeles, las alas, el rayo  
los diamantes de los ojos y tal vez un cuerno de unicornio.*

Henrik Nordbrandt

Yo también. Las palabras saladas, los ríos,  
las playas de Zarautz y Famara, los abrazos de la abuela,  
los diamantes azules de tus ojos, las olas, los truenos.  
Al *hombrico del sueño* que cada noche nos mordía  
la oreja izquierda. Algunos *rekilindorios*. Los salmonetes.  
El álbum de Marisol. Los mejores cuentos de África  
y una cama tan grande como la plaza. Quizás  
no echo en falta el cuerno de unicornio. Ni los cascabeles.  
Pero sí el bambú gigante, las ciruelas y el veneno de adelfas.  
El escabel rojo donde apoyabas las patitas de abeja reina.  
El azul-monreal que los cielos te prestaban  
para serenar desasosiegos, melancolías, impaciencias,  
desesperanzas, dolores, pérdidas, ausencias,  
nostalgias, tristezas, rotos anhelos, sueños desvanecidos.  
Echo en falta la dosis diaria de homeopatía azul-monreal-lizarraga.  
La sombra cobalto reflejada en el mundo de las sombras.







## Pirañas

Cuatro tijeras  
delante del teclado del ordenador.  
Cuatro tijeras cuatro.  
Una de costura, otra de cocina,  
(aunque la empleo para papeles).  
Otra de papel que utilizo  
para cortar el pelo. La más pequeña  
es para manicura. Todas mis tijeras.  
Fuera de sitio. Fuera de quicio.

Sé que están ahí porque algo quieren cortar.  
Hilos, telas, ascos, hartazgos, historias  
caducas y caducadas, cartones, rutinas.  
Todas las tijeras fuera de quicio,  
fuera de sitio. Como yo.  
Pez fuera del tiesto. Sombra de la sombra  
en la isla de los piratas del ojo rojo.  
Como yo. A punto de cortar  
las melenas de la palmera, el rabo del diablo,  
o esas uvas agraces de la ira. Tijeras sin afilar.

Colmillos sin afilar. Drácula sin espacio  
para expandir las mil capas de seda,  
terciopelo o cachemira que deseo cortar  
esta noche de lluvia, tan pesada.

La piel de serpiente en la cocina.  
La costura nieve ensangrentada. Cuento  
de hielo. Hielo y fuego en el acero oxidado.  
Fuera de mí, a punto de cortar  
los cables de la aburrida cordura. Y fabular.  
Pirañas de palabras hirientes,  
mis tijeras *no se detienen, no se detienen.*

## Todas las noches

Todas, todas las noches  
despierto entre las 4:33 y las 4:44 h.  
de la madrugada.  
*¡Escribe bien de tus amigos, Frasquito!*  
*¡Cuida a tu mamá que está en el cielo!*  
*¡Cómete las cerezas de Maram Al-Masri!*  
escuchó decir a mi duende soñador.

Otra noche, el bichillo habla muy serio:  
“Al-Mutanabbi estaba convencido  
de que la poesía es una obra cósmica  
y expresa la persona, la sociedad y  
el universo a la vez,  
y esa es su contribución extraordinaria”.  
A la mañana, ¡oh milagro!,  
leo esas palabras en el libro *Tiempo sin tregua*  
que me envía Milagros Nuin, traductora, amiga.

Otra noche la voz emplea palabras de Colinas:  
*la poesía se manifiesta a través de un lenguaje  
que nos sitúa en un alto grado de consciencia  
y que nos pone en ese camino  
que conduce a la plenitud de ser.*

Despierto cada noche entre  
las cuatro treinta y tres y las  
cuatro cuarenta y cuatro de la madrugada  
y recuerdo palabras, enseñanzas, mensajes  
dirigidos a Frasquito, que parece ser mi ángel  
de la guarda. A veces escucho. A veces  
no oigo nada y soy tan necia como una sabandija  
escondida entre la bermeja hojarasca.



El jardín invisible

Fotografías  
Atxu Ayerra Alfaro

*Amé todas las pérdidas.  
Aún retumba el ruseñor en el jardín invisible.*

Antonio Gamoneda



## La mano se cierra

Dolor  
aguijón de luz

el horizonte convertido  
en dos espadas afiladas.



## Los ojos se cierran

Caigo  
levemente  
sobre el altar de la noche lluviosa

el agua me arrastra  
afluente de espejos  
desde el venero del azul transparente

hacia la mar del amanecer  
fría hoja de nácar  
tiemblo de amor en su recuerdo.



## Peces rojos resbalan entre los dedos

No sé quién soy sin ellas  
sin pendientes de la reina  
entro en el agua de la almohada  
y naufragó en el océano de mis partos

valiente y altiva equilibrista  
sobre un elefante blanco  
entro en el agua de la escritura  
entre los peces rojos,  
llenos de pequeños dientes afilados

entro en las tinajas de aceite  
y sueño con oro verde escondido en el carbón  
agarrada a vuestros brazos  
cuando agonizo de lenta melancolía

no sé quién soy sin mis azules matriarcas  
sólo viajera extraviada en el laberinto  
de un cuadro del Bosco  
allí en la ciudad del jardín extraño



## Eres tú quien las envía

Ellas me buscan.

En los jardines de la memoria  
cavan huecos para los bulbos de la infancia

con un agua de palabras  
me arrastran por las acequias

hacia el polvo dorado del sueño  
y cuando atenta las escucho

sé que eres tú quien las envía.  
En el inventario de bienes y muertes

cada día espero nuevas inflorescencias.



## Cumpleaños

18 de junio de 1930. Llegó a la tierra  
una princesa rubia de ojos azules.  
Hija de Braulia y Ángel,  
creció hermosa,  
revestida de dones.  
En las Hijas de la Cruz  
aprendió ciertos rudimentos para la vida.  
Según contaba, no fue el colegio un espacio  
de amor fraterno sino lugar donde  
las desigualdades sociales se acentuaban.  
María Jesús, Teresa, Blanca...  
compartieron pupitre con ella.  
En Madrid, adolescente, estudió enfermería.  
Luego se enamoró de Javier y con él  
inició el camino orlado de flores o zarzas.  
Con delicadas pero fuertes manos  
aplicó su ciencia a la caricia  
y al *cúrate y sana* de sus seis hijos.  
Madre, abuela, bisabuela. La bella jardinera  
celebra su 79 cumpleaños en el reino del misterio,  
ya sin penas, derramando bendiciones de cerezas.

¿Cómo será el cumpleaños en el jardín invisible?  
En esta tregua lunar, gracias por tanta luz y belleza.



## Otra lengua

Madre, ama, mami.  
A veces necesito  
otra lengua  
para escribirte.  
Mis palabras  
se quedan escuálidas.  
Me gustaría decirte,  
por ejemplo,  
...en guaraní

*Nde ypypete,  
ne ryakuä guype,  
che aikose,  
che amanose.*

Por eso tomo prestada  
la sabiduría  
de Susy Delgado,  
de Paraguay. En guaraní

*Nde ypypete,  
nde ypypeténte  
che aimese,  
che aikose.*



## Momiji

Cuando te sueñe y sepa de ti  
el secreto de tu jardín  
estaré en el lugar de tu pensamiento

hoja de la vida  
entregada al viento de la noche  
estaré en el lugar de tu pensamiento

y en el silencio de tu jardín  
sabré de ti  
cuando sueñe la música de la hoja y el viento.



*Las hojas nunca caen  
en vano*

Escribió el monje Chori  
antes de morir,  
a la edad de 30 años.

Las hojas nunca caen  
en vano,  
escribo una tarde calurosa.

Conmovida,  
en la hojarasca escarlata,  
lágrima, gota de rocío.



*Rostro sonriente  
y palabras amables*

Era ella.  
Hoja roja de la roja tierra.

La Madre escuchaba  
el latido de los pájaros perdidos.

La flor suntuosa del granado  
en sus labios. Beso y silencio.





Entre la luz y las sombras

Fotografías  
Javier Ochoa Martínez

*La muerte es una madre nuestra antigua,  
nuestra primera madre, que nos quiere  
a través de las otras, siglo a siglo,  
y nunca, nunca nos olvida;  
madre que va, inmortal, atesorando  
—para cada uno de nosotros sólo—  
el corazón de cada madre muerta;  
que está más cerca de nosotros,  
cuantas más madres nuestras mueren;  
para quien cada madre sólo es  
un arca de cariño que robar  
—para cada uno de nosotros sólo—;  
madre que nos espera,  
como madre final,  
con un abrazo inmensamente abierto,  
que ha de cerrarse, un día, breve y duro,  
en nuestra espalda, para siempre.*

Juan Ramón Jiménez



## La luz entre las hojas

Donde ella nos espera  
forma la tierra un brocado escarlata.

Donde ella nos recibe  
se filtra la luz entre las hojas.

Donde ella nos abraza  
la paz cubre de seda la tiniebla.

Donde ella nos acoge  
oquedad de ternura, tibieza y sueño.



## Cayó una hoja

Cayó una hoja  
y dos  
y tres.

El ruiseñor  
lloraba sus heridas  
alrededor  
del granado en flor.

Cielo para el viento.  
Llanto de las hojas.  
Una.  
Dos.  
Y tres. Amor  
en el papel. Roja  
explosión de la dalia.

Dos y tres.  
Húmedo rumor de ciruelas.  
Veneno de adelfas. Me ves.  
Escondida en el temblor del aire.

Cayeron las hojas: una, dos, tres...



## Bizcochos de Santa Bárbara

*Tahona estuosa de aquellos mis bizcochos  
pura yema infantil innumerable, madre.*

César Vallejo

Hoy quiero ser Cesárea Valleja  
y dejar que la voz  
empape los bizcochos  
una tarde de tormenta.  
Para rezar a Santa Bárbara  
oraciones de azúcar  
y pintar de purpurina  
una cepa retorcida, madre.

Otra vez me miras  
por encima de las gafas,  
ingenua o sabia o escéptica.

Hoy te doy a luz  
al borde de la cama.  
Me obsequias  
con una palabra grande:  
VALIENTE, dices.  
Dices: jamás vais a pisar  
el pedal de la Alfa,  
ni a coser los dobladillos

trillados de la vida,  
ni a perpetuar loas al sufrimiento.

Nuestra estirpe, susurras,  
es acogedora, blanda higuera.  
Sabe volar  
en las noches larguísimas  
con las alas azules  
extendidas como sábanas.  
Madre, madre, madre.  
Te hiciste un nido  
en el jardín de la ciudad extraña  
y una casa vegetal  
en la pequeña heredad.  
Donde dejabas alegre  
que los pájaros  
devorasen las ciruelas,  
las cerezas, los higos.  
Donde las arañas entre la fronda  
te contaban sus íntimos secretos.

Madre-bizcocho.  
Todavía no he vuelto  
al verde albergue de tus sueños.  
Te comeré a ciruelas, mami.  
Cuando me vuelva verde.

## Biografía

*Las Bergenias cordifolias tienen su origen en Siberia. Son plantas perennes con hojas grandes de color verde oscuro, lustrosas. En invierno dan flores duraderas de color rojo, blanco, rosado pálido. Son delicadas, dispuestas en racimos irregulares encima de unos tallos gruesos. El color del follaje posee un verde muy atractivo. Las Bergenias deben dividirse en primavera, después de que se produzca la floración a finales del otoño y en invierno. Para dividir los rizomas es conveniente usar una pala de mano o un rastrillo pequeño ya que los rizomas son difíciles de separar con las manos desnudas.*

*(Información de un manual de jardinería)*

Un invierno te enamoraste de las bergenias.  
Tenaz hasta conseguirlas, quizás  
fueron las plantas que vertebraron  
una trémula conjunción con la tierra.

Las que enraizaron en la tierra  
que te protege del aire frío del alba.  
En sus hojas lustrosas cincelaste  
algunos fragmentos de tu biografía.



## O una rosa

*(...) / ¿por qué tan vivo está lo  
que no fue? / ¿nunca junté pedazos tuyos? / ¿cada  
recuerdo se consume en su llama? / ¿eso es la  
memoria? / ¿suma y no síntesis? / ¿ramas y nunca  
árbol?*

Juan Gelman

Sabuesa, sé descubrir buenos versos  
en libros recién nacidos. Pero no supe  
rescatar cenizas cuando me perdía  
entre el bosque de páginas llenas de hojarasca.  
Nuestras vidas y sus bisagras rechinaron  
allá por los años cincuenta. Cuentan  
que un murmullo de aves en bandada  
sonaba cada otoño al atravesar las higueras.

Ayer recordé que nunca fuiste recolectora.  
Te dedicaste a plantar arbustos y dejar  
que el sol estirara de sus ramas, la lluvia  
bendijera sus entrañas y la intemperie  
lacrara las hojas rojas como escamas  
de un pez fuera del agua. Reina jardinera.  
¡Si hubiera sabido! ¡Si el fuego, por ejemplo!  
Cerezas y ciruelas. Higos. Uvas. O una rosa.



## La silla vacía

Un par de días atrás  
antes de que el semáforo cambiara,  
bajó del coche enfadada.  
Vio tras el hueco tapiado  
los pantalones de pana  
azul turquesa  
que le regaló su madre  
cuando cumplió quince años.  
Detrás de la pared tapiada  
(antes del tiempo de la huida)  
había una sastrería.  
Detrás de los pantalones  
una adolescente inquieta.  
Detrás del recuerdo  
una madre hechicera, bella.  
Detrás de la mujer enfadada,  
un amasijo de sueños  
de color turquesa  
y una orfandad grande y redonda,  
del tamaño del planeta Marte.  
Detrás de la mujer serena  
una silla vacía  
en la que a veces se sienta  
(la mujer enfadada)  
y aprende a esperar, como ella.



## Muertas

*Rompe como una hucha su pasado  
y dentro sólo había oscuridad.  
En los huesos del tiempo no hay ternura.  
Los lugares no existen.  
Las chicas ya son viejas o están muertas.*

*Joan Margarit*

Joan Margarit, sé que no me mientes.  
Todas estamos muertas y en los huesos del tiempo  
la ternura es sólo harina. Pero aquí,  
entre los otros huesos,  
el viento entona nanas, un Magníficat, una salve.  
Cuando éramos viejas, Joan Margarit,  
y entre los muros blancos,  
la parra virgen jugaba con las sombras,  
la canción de las golondrinas acompañaba  
nuestros pasos diminutos al ritmo de la lluvia.

Criaturas infames y voraces acechaban  
desde las tripas de las televisiones. Nosotras  
nos hacíamos las suecas: quien no se enredaba  
en labores interminables con hilos delicados

para distraer los peligros,  
ensartaba barrocas perlas o cocinaba habas tiernas.

Escapábamos algunas noches de las fotografías  
en blanco y negro, hacia los paisajes irreales  
de amarillentas enciclopedias, para vivir la aventura.  
Suecas o noruegas, de pronto, convertidas en espeleólogas  
penetrábamos en las entrañas de una tierra imposible.  
O nos tornábamos pequeñas concubinas  
de un emperador oriental  
que acariciaba láminas de jade sobre nuestros pezones.

Antes de morir fuimos rompiendo espejos.  
Abrimos semillas musicales  
a los niños y las niñas azules, desbrozamos caminos.  
Estamos muertas, Joan Margarit. Más que muertas.  
Fuimos jóvenes espléndidas  
y después viejas de dedos retorcidos y lágrimas fáciles.  
Y después, viejas y enfermas, amasamos con ternura  
la harina de los huesos. Cocimos en el horno blanco  
el pan de nuestros muertos. El pan de cada día.

## Noches

Las noches  
que te deslizas  
suavemente  
patinando  
en la pista de hielo  
de los sueños  
y luego  
te quedas  
todo el día  
en el lago  
de la memoria...

Esas noches  
de fiesta  
luces  
hermosos pendientes  
escuchas  
sonríes  
enfilas  
abalorios.  
Y eres  
tan de verdad  
que el gozo  
de tenerte  
no se desvanece  
a lo largo del día.

Noches  
en las que llegas  
en silencio  
con gesto  
de vida cotidiana  
y te quedas.

Te quedas  
donde siempre estás.  
En el centro  
del paisaje del corazón.  
En el rincón  
más cálido  
de la Casa Iluminada.



La senda del retorno

Fotografías  
Javier Zubiri Luri



*Cielo claro.  
Por el camino por el que vine  
vuelvo.*

Gitoku,  
murió el vigésimo cuarto día del decimoprimer mes de 1754,  
a la edad de 53 años.



## Papeles, horquillas, botones

Le duele tanto su pasado,  
le pesa tanto  
que quiere romperlo  
como se rompen papeles amarillentos.  
Rompe y rompe. Pero cada minuto  
el recuerdo reconstruye  
los perfiles de aire de su rostro,  
las frágiles hojas rojas de su vida.

Las cajas se reproducen  
por los cajones misteriosos  
llenas de tesoros minúsculos.  
Rompe aquello que no comprende.  
El amor incondicional de la madre.  
Ciega de amor. La infancia perpetuada  
en objetos tan inservibles como hermosos.  
Insignificantes horquillas. Fotos. Botones.

Le duele el pasado en cuerpo y alma.  
Por eso recorre los caminos  
con el paso ligero de los corzos.  
Sin mirar flores ni arbustos. Ni suelo.  
Ni nubes. Le duele lo que no comprende.  
Su corazón es una luna de Júpiter.  
Su pena la de un ángel solitario.  
Hércules se aferra a sus piernas. Y ágil avanza.



## La senda del retorno

Un cisne  
se cruza en el camino.  
Sangra sobre las aguas quietas.  
Sangra la infancia huérfana.

La luz enrojece.  
Y en los espejos,  
un rostro apacible  
sonríe desde la muerte.

El ciervo  
se cruza en el camino.  
Trota por la Carravieja  
a la búsqueda de la senda del retorno.



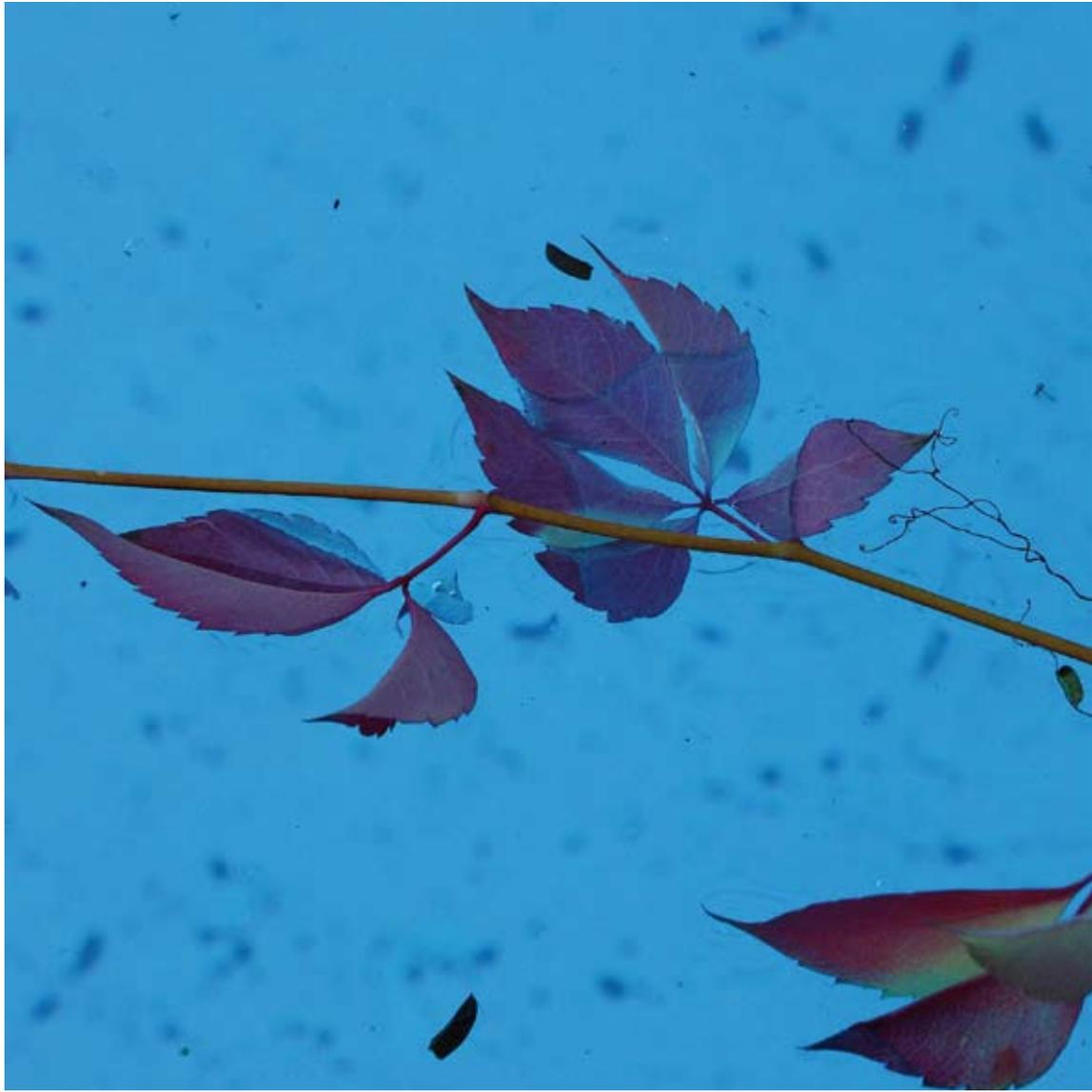
## Cielo claro

Llegó  
con sonrisa de santa  
la mirada perdida y mística.  
La niebla ciñendo su cintura.  
Una estrella azul en cada pupila.  
Llegó pisando agujeros.  
Llegó ligera con las alas desplegadas.  
Amorosa y leve como un recuerdo  
desvanecido. Agua de verano.  
Llegó con el cielo claro  
en su rostro. Libre de los días.  
Con el alma escondida  
en la luz de una luciérnaga.



## Tres mujeres ríen

Tres mujeres a remojo  
en una piscina de los años sesenta.  
Gorros de baño con grandes flores de goma.  
Sirenas sonrientes  
en el agua diluyen la soledad, las preocupaciones,  
la gigante responsabilidad  
que atraviesa el azul como una nube desconsiderada.  
Tres mujeres ríen  
porque la vida en el agua pesa setenta veces menos  
que en la tierra. En el agua. En el agua. Ligeras.  
Tenues. Transparentes y cloradas.

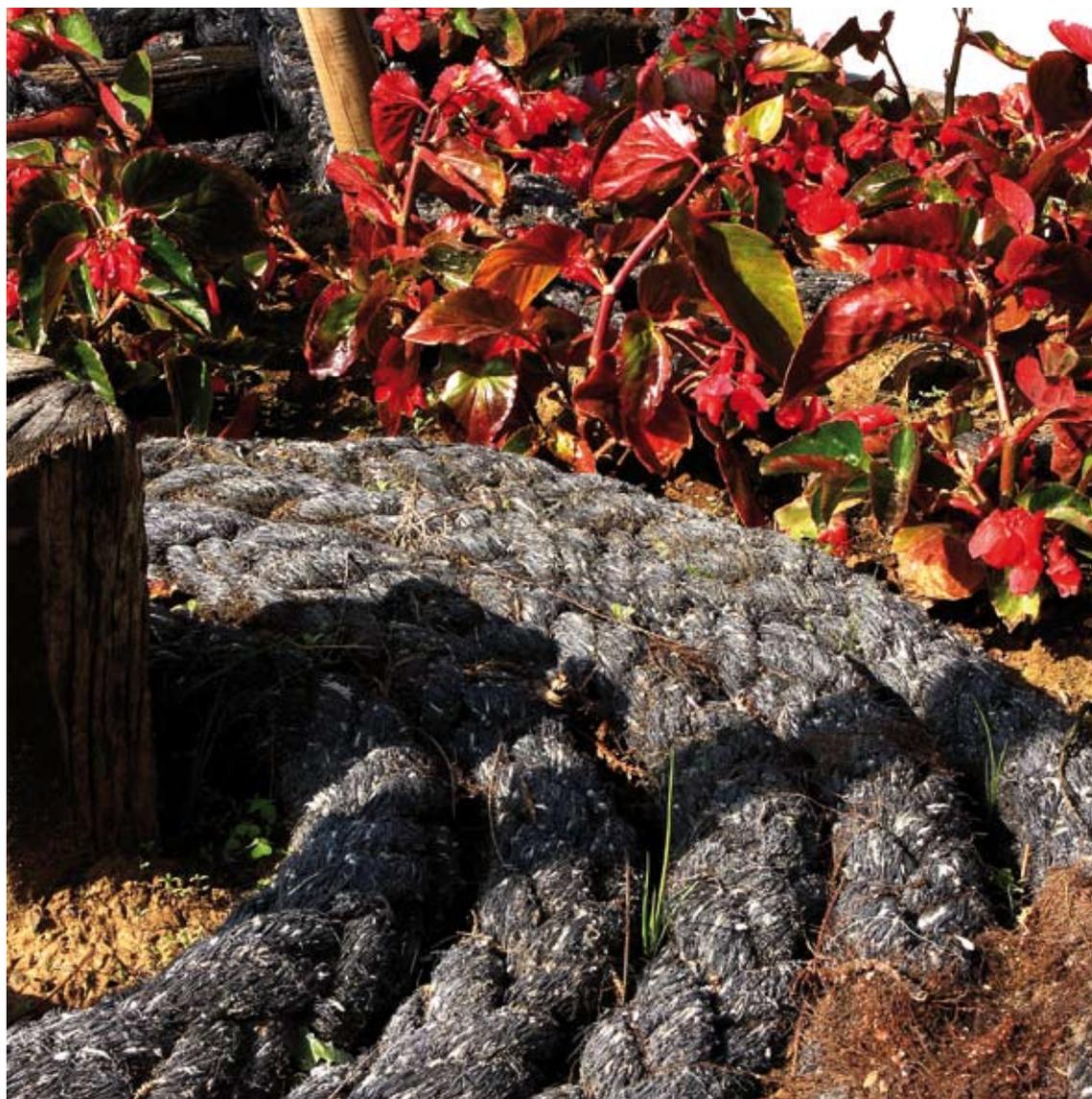


## Espiral

Como a Sor Juana  
nos gustaba la espiral,  
símbolo de la belleza.

En el oleaje de las pupilas  
viajamos osadas  
por mares desconocidos.

En la alfombra de hojas rojas,  
hallamos mullido cobijo,  
sílabas de consuelo y sosiego.



## La hija del zapatero

Mítica  
deslumbradora  
sonrisa fugaz  
en la escritura.  
Acaso. Tú.  
La hija del zapatero.  
Discreta. Suntuosa.  
El tiempo del no tiempo  
con tus brazos alcanza  
un cielo rojo, inabarcable.



## Túnica de cáñamo

Leí en Internet:  
En la Edad Media,  
el color rojo estaba destinado  
a los niños y niñas en duelo.  
Se les vestía con una túnica de cáñamo  
teñida de un rojo intenso.

La orfandad se derrama  
por las frías esquinas.  
Deja en los rostros  
arañazos de silvestres felinos.  
Arranca la sonrisa  
con sus zarpazos de fiera herida.  
Y entonces,  
vestida de cáñamo rojizo,  
te abrazas a la sombra del recuerdo,  
bajo el espino.

Adopté en mi corazón  
a millones de criaturas huérfanas.  
Supe del rojo su calor.  
La bondad, la fuerza, la belleza  
de las hojas bermejas.  
Las que se pudren en la tierra.  
Las que brotan tras la mirada.  
En la mano derecha de la partera  
renace la vida incierta.



## La corriente

*Vine al mundo con las manos vacías,  
descalzo lo dejo.*

*Venir, partir:*

*Dos sencillos sucesos  
que se entrelazaron.*

Kozan Ichikyo murió el duodécimo día  
del segundo mes de 1360, a la edad de 77 años.

Tendida sobre las frías aguas del río Cadagua  
dejo que me lleve la corriente. Las nubes  
me acompañan en este viaje lento.  
Y pienso que así debe ser la muerte.

Un dejarse llevar. Un viaje cadencioso  
hacia otro estado fluido o leve, diferente. Caen  
las hojas de los alisos y bailan las libélulas.  
Entre la luz y la sombra, el agua me arrastra.





*En su poema Desde el río, a mis amigos, el poeta Zhang Keijiu escribió en el siglo XIII:*

*"Es el río un sendero del pueblo,  
pintura de agua y tinta,  
flores silvestres de nombre desconocido por doquier.  
Esta partida me entristece, ¿cómo enviar un mensaje?  
Lo confío a las hojas rojas que se deslizan en las ondas de la tarde".*



*Al venir, todo está claro, no hay duda.  
Al ir, todo está claro, sin duda.  
¿Qué es, pues, todo?*

Hosshin, siglo XIII





*Si Hojas rojas  
te ha conmovido,  
merecía la pena compartir  
contigo este libro.  
Gracias al Instituto Navarro para la Igualdad  
por facilitar que la publicación  
llegará a tus manos.*



Hojas rojas es un libro colectivo. De la misma manera que todos los seres humanos compartimos el estremecimiento ante la contemplación de las hojas rojas, cuando el otoño derrocha todo su esplendor, también sentimos el dolor por la pérdida de un ser querido o los gozos esenciales de la vida.

Las hojas rojas son aquí metáfora de lo que perece y se transforma. Escribió Goethe “Lo bello es una manifestación de secretas leyes naturales, que sin ello permanecerían eternamente ocultas”. Una de las formas de sentir el duelo por la muerte de la madre, ha sido la recuperación de instantes hermosos, intensos, que como las hojas rojas, morirían un día si la pluma o la mirada tras el objetivo de una cámara, no hubieran decidido perpetuarlos en estas páginas.

Hojas rojas es un libro compartido porque a modo de epígrafes están recogidos versos de Juan Gelman, Joan Margarit, Antonio Gamoneda, Edmon Jabès, César Vallejo o Concha Lagos, entre otros, que han dado pie a sencillos poemas. Y porque dos fotógrafas y cinco fotógrafos de excelente mirada han dedicado tiempo, sensibilidad y conocimientos a captar imágenes de algunas de las mil y una variedades de hojas rojas, cuya coloración responde a leyes naturales, secretas o develadas por la ciencia.

Algunos pueblos no contemplan la muerte como un final, sino como una consecuencia lógica de la vida y una renovación anunciada. El rojo en el duelo es signo de amor. Si este canto a la madre, se convierte en homenaje a todas las madres, el libro habrá alcanzado su más profundo anhelo.

Marina Aoiz Monreal (Tafalla, 1955), es autora de los poemarios *La risa de Gea* (1986); *Tierra secreta* (1991); *Admisural* (1998); *Fragmentos de obsidiana* (2001); *El libro de las limosnas* (2003); *Edelphus* (2004); *Hueso de los vientos* (2005); *Don de la luz* (2006); y *Donde ahora estoy en pie frente a mi tiempo* (2007). Parte de su obra poética está recopilada en una veintena de antologías.